

Soñador y aragonés

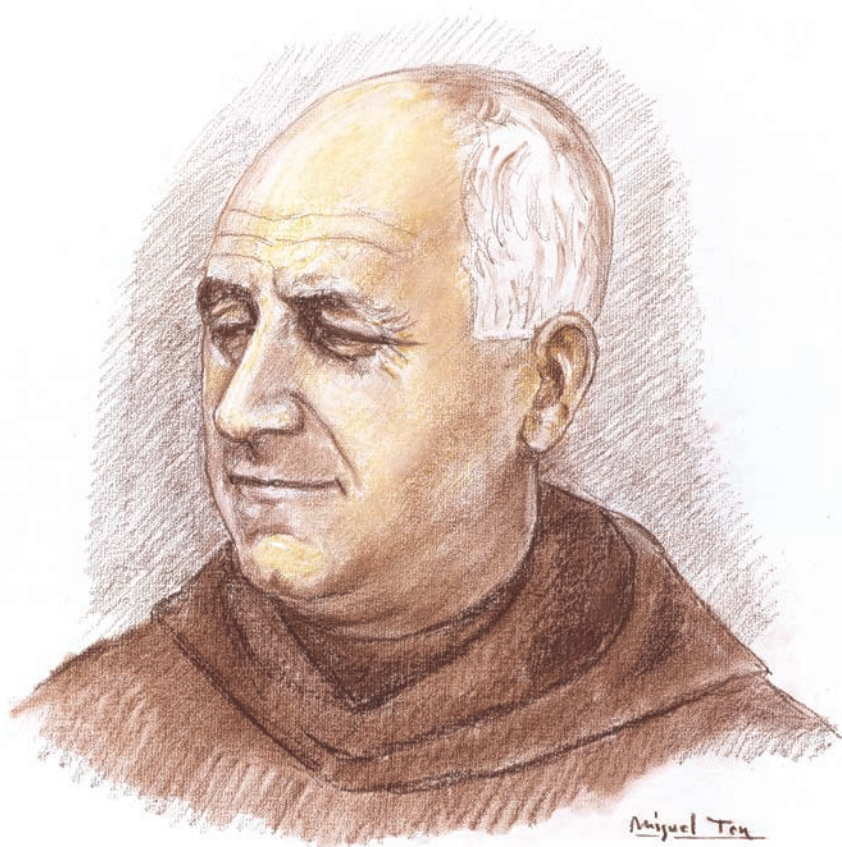
Padre Mariano Ramo Latorre



JUAN ANTONIO VIVES AGUILLELLA

PADRE MARIANO RAMO LATORRE

*Soñador
y aragonés*



PEQUENA BIOGRAFIA DEL FUNDADOR DE EPLA

© Del texto Juan Antonio Vives

© De las ilustraciones Grua Gràfics

Composició: Paqui Quijana

Imprime: Martín Impresores,S.L.
Pintor Jover, I (Valencia)

E-mail: martin.impresores@retemail.es

Dep.Legal:V-2501-2002

PRESENTACIÓN	7
ENTRE <i>Quijote y Sancho</i>	9
LA HISTORIA <i>comienza en Ternet</i>	11
EMBARCADO EN <i>la aventura amigoniana</i>	15
DE <i>aquí para allá</i>	19
UN CURA <i>como Dios manda</i>	23
EMIGRANTE <i>y peregrino</i>	29
ESFUERZOS DE <i>un hacedor de santos</i>	35
ENTRE BOMBAS <i>anda el juego</i>	39
ETAPAS DE <i>un largo sueño</i>	43
CUANDO LAS <i>ilusiones se cumplen</i>	47
EL ATARDECER DE <i>un patriarca</i>	53
Y SU OBRA <i>continúa</i>	61



“Hagamos el elogio de los hombre ilustres, de nuestros antepasados en la historia, cuyas buenas obras no han sido olvidadas.” (Si. 44, 1)



Quando se cumplen 25 años de la muerte del padre Mariano Ramo Latorre, fundador de EPLA, viene a la luz –entre otras iniciativas– esta biografía suya.

Si tradición no es repetir lo que hicieron nuestros mayores, sino *actualizar el espíritu que les impulsó*, aquí tenemos un modelo y referencia.

Compendiado y a través de estas páginas aparece un espíritu creador y emprendedor; su fortaleza ante las dificultades, su constancia y entereza de ánimo, su laboriosidad continua, etc... virtudes que le hacen acreedor del reconocimiento y afecto de amigos, discípulos y admiradores.

Nada se puede querer si antes no se conoce. El objetivo es que, volviendo a las raíces, recordemos y queramos a este Religioso excepcional –el P. Mariano– que creó, sembró y cultivó esta realidad próspera y pujante que hoy disfrutamos: EPLA.

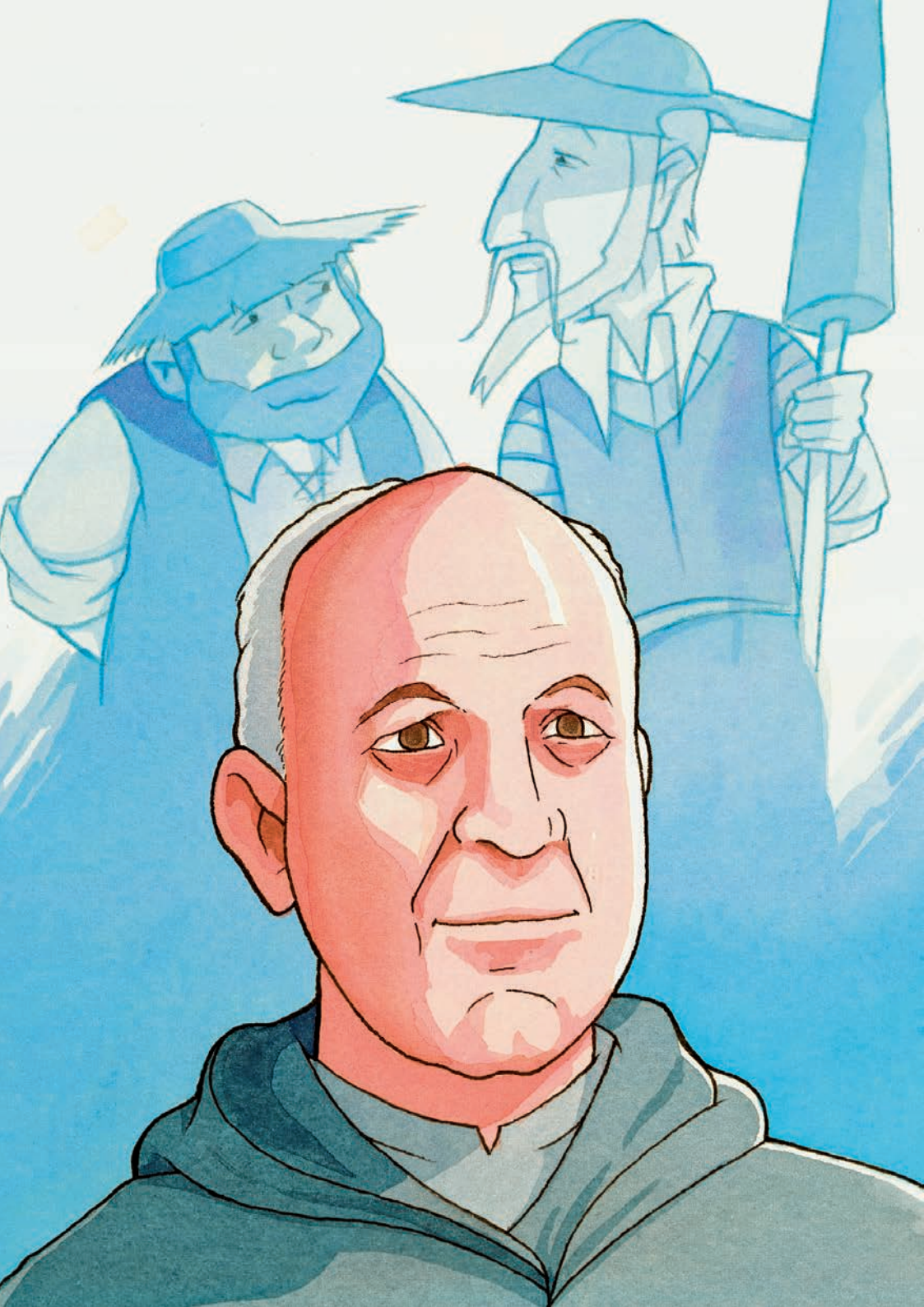
El autor de esta pequeña biografía es el P. Juan Antonio Vives Aguilera. Con asombrosa sencillez a la par que profundidad, plasma el retrato del P. Mariano.

Nada te diré del estilo atrayente y sugerente por lo ágil, dinámico y fascinante. Se lee de un tirón.

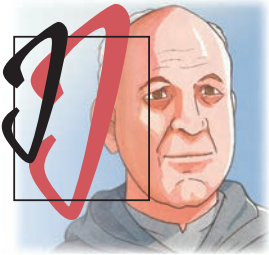
En tus manos está. Léelo, mentaliza su espíritu y creo que satisfará el más exigente gusto.

Godella, 6 de noviembre de 2002

Rafael Monferrer



Entre Quijote y Sancho



unto a otros méritos del buen decir –opinan los entendidos– la obra cumbre de Cervantes tiene la virtud de retratar atinadamente al hombre español, mitad Quijote y mitad Sancho.

El idealismo reflejado en Don Quijote y el pragmatismo de que hace gala su escudero vienen a simbolizar *los sueños y la tenacidad* que han caracterizado nuestro ser nacional en el devenir de la historia.

Ciertamente, en un hombre concreto es difícil que se den, en su justa medida, las virtudes o valores que identifican al prototipo. Hay personas en las que domina lo *quijotesco* y otras que sobresalen por su *realismo*. Y quizá así tiene que ser para la construcción de una historia humana que, al decir de algunos, la han proyectado y soñado los idealistas y la han concretado y realizado los hombres pragmáticos.

Pero aunque no sea lo más normal, también nos encontramos con personas en las que el Quijote y Sancho conviven de forma tan armónica, que su vida nos hace recordar alguno de los diálogos que se producen entre los dos protagonistas de la novela de Cervantes. Y uno de estos hombres es nuestro biografiado, el padre Mariano Ramo

Latorre, fundador e iniciador de las Escuelas Profesionales Luis Amigó, de Godella.

La historia de EPLA no puede entenderse sin la figura del padre Mariano, ni tampoco la historia personal de éste tendría su sentido sin las Escuelas Profesionales. EPLA constituye el *acabado sueño de un hombre tenaz*. Y éste es precisamente el mejor retrato de la persona cuya vida podrás vislumbrar en este escrito. Fue Mariano un idealista y soñador, pero, como buen aragonés, tuvo además ese tesón, propio de los hombres de su tierra, por el que consiguió que su sueño, sin dejar de ser tal, se convirtiera en gozosa realidad.



La historia comienza en Teruel



stamos a mediados de 1905. España vive, desde los inicios del siglo anterior, una alarmante inestabilidad política y social. Los efectos de la Revolución Francesa y de la Revolución Industrial se dejan sentir, aunque con retraso, en la realidad nacional. Se está asistiendo al despertar de la *cuestión social* española. La burguesía ha ido fortaleciendo su posición económica, mientras que las clases menos favorecidas pasan verdadera hambre de pan y de cultura. En una España de 17 millones de habitantes, 15 millones pertenecen a la clase obrera o al proletariado agrícola, y la cuota de analfabetismo se sitúa en un 60 por cien de la población total.

En las ciudades industrializadas, los obreros se federalizan para defender sus derechos laborales y ver satisfechas las más básicas aspiraciones de superación. Pero la realidad de los hombres del campo es aún más deprimente y angustiosa. En la provincia de Teruel –una de las zonas más pobres de la *España rural* y en la que nacerá nuestro protagonista– la situación alcanza índices de verdadera tragedia. Aquí ni llega la renovación agrícola, emprendida en otras zonas, ni se desarrolla

positivamente la industria. Sus gentes, castigadas por un clima que se distingue por las escasas lluvias y las frías temperaturas, y cansadas de trabajar una tierra ingrata, se ven abocadas a la emigración y dirigen principalmente sus pasos, como las aguas del Turia, hacia las costas valencianas. La provincia se despuebla y los que permanecen anclados en su terreno tienen que soportar, por lo general, toda clase de estrecheces. Teruel es, ya a principios del siglo XX, una especie de reserva humana de la que sus habitantes se ven obligados a marchar a la periferia. Sobre una población provincial de ochenta y ocho mil habitantes, sólo en 1910 emigran casi quince mil.

Y éste es, a grandes líneas, el panorama de pobreza y desencanto que se contempla en las tierras turolenses, cuando el 9 de junio de 1905 nace nuestro protagonista en Lechago, un pueblecito situado cerca de Calamocha. Sus padres, Mariano Ramo y María Latorre tenían una pequeña tienda que les dejaba para ir tirando. El matrimonio, que ya tenía tres hijas, vive con verdadero gozo la llegada al mundo del hijo varón.

Pero como la alegría nunca es completa en la casa del pobre, pronto el gozo se tiñó de luto. Tenía Mariano pocos años, cuando su padre murió dejando viuda y cuatro hijos. La débil economía familiar se resiente y sus tres hermanas mayores –Leonor, Carmen y Aurora– tienen que trasladarse a la capital a servir en casas de gente más acomodada. Él permanece al lado de su madre y las pocas posibilidades que tenía de ser alguien en la vida parece que se van debilitando. Y muy posiblemente se hubiesen extinguido del todo, si, en 1910 –cuando él contaba cinco años de edad–, D^a Dolores Romero y Arano no hubiese fundado en la ciudad de Teruel un colegio para niños huérfanos y pobres, a fin de que se les proporcionara todo lo necesario para su sostenimiento y se les instruyera suficientemente para que el día de mañana pudiesen ganarse dignamente el sustento.

A dicho Colegio turolense –llamado *San Nicolás de Bari* y regido por los terciarios capuchinos desde el 31 de julio de 1910– llega por primera vez, el 9 de julio de 1912, Mariano Ramo. En esta ocasión, sin embargo, no puede quedarse aún en el colegio, pues no hay por el momento plazas libres. Será unos meses después, cuando, producida una vacante, será admitido como alumno interno. Los primeros momentos debieron ser para él duros, pues, por más que recibía algunas visitas de su familia, la vida de un internado, por muy bueno que sea, no llega a suplir nunca el afectuoso ambiente hogareño.

No obstante, los niños tienen una capacidad especial para la adaptación y pronto empieza Mariano a sentirse como pez en el agua entre aquella bulliciosa muchachada y a manifestar, a pesar de su corta edad, la entereza de carácter que distinguirá su vida.

Los que le conocieron por aquella época nos transmiten anécdotas que nos dejan entrever ya entonces los rasgos de una personalidad fuerte que buscó siempre la superación en la vida y que nunca se echó atrás en las dificultades.

• *Un día –cuenta uno de sus compañeros– el fraile que nos daba clase empezó a preguntarnos qué queríamos ser en la vida. Cada uno iba diciendo lo que pensaba: carpintero, zapatero, maestro, fraile..., pero, al llegar a Mariano, éste contestó con entereza y sin pestañear: “Yo quiero ser canónigo”.*

Ni que decir tiene que todos los compañeros rieron la salida del pequeño y que desde entonces le apodaron “el canónigo”. Pero lo que quizá no llegaron a entender ellos es que, tras esa aparente inocencia de su respuesta, se escondía el carácter de una persona que no se conformaría nunca en la vida con llegar a las cosas normales, sino que buscaría siempre la genialidad.

• Otro día –nos refiere también un compañero– el Ayuntamiento de Teruel organizó la Fiesta del Árbol e invitó a todos los escolares de la población a participar activamente en ella. Y cuando ya los muchachos de San Nicolás se disponían a salir de casa, el educador castigó, al parecer injustamente, a Mariano y lo recluyó en un cuarto del tercer piso. No había más salida que la claraboya que daba al tejado. Y por ella se encaramó el castigado, quien, una vez en la techumbre, sorteando el peligro de una caída fatal, se deslizó por las cañerías hasta tocar tierra y se incorporó furtivamente al grupo de compañeros que ya se dirigían al centro de la ciudad.

No sabemos cómo finalizó el episodio ni qué sucedió cuando el educador vio suelto al “delincuente”, pero lo cierto es que Mariano nos deja pruebas, ya entonces, de que su tenacidad no se dejaría vencer fácilmente y de que lucharía siempre, contra viento y marea, por lo que él considerase justo.



Embarcado en *La aventura amigoniana*



Como ya sabemos, cuando Mariano llega al Colegio San Nicolás de Bari se encuentra aquí con unos frailes. Muy posiblemente, la primera impresión que de ellos se llevó no fue de lo más atractiva. Con su hábito color marrón, ceñido con el blanco cordón franciscano, con aquella capucha, que a veces les cubría la cabeza dándoles un tono de reverencial misterio, con sus largas y desaliñadas barbas y, sobre todo, con aquel corazón de hierro traspasado por siete espadas que lucían sobre el pecho, aquellos hombres debieron provocar en el pequeño un sentimiento mitad curiosidad y mitad temor.

Bien pronto, sin embargo, va descubriendo Mariano que no es tan fiero el león como lo pintan. Y va percibiendo que, detrás de aquel extraño ropaje y pelaje, se esconden personas con una gran sensibilidad y humanidad, cuyo corazón no es precisamente de hierro.

Poco a poco, nuestro pequeño protagonista va estableciendo relaciones de verdadera empatía con sus educadores y uno de ellos, aprovechando los ratos de tranquilo esparcimiento le va contando esta pequeña historia:

—Nosotros, los terciarios capuchinos —le explica el simpático fraile—, somos en realidad muy jóvenes. Hace unos veinticinco años que nacimos en Masamagrell, el 12 de abril de 1889. Nuestro fundador, que entonces era fraile capuchino y hoy es obispo, se llama Luis Amigó y por eso la gente nos llama también “amigonianos”. Él quiso desde el principio que nos dedicásemos a la educación de los niños y jóvenes que, por sus problemas personales, familiares o sociales, han emprendido un camino torcido en la vida. Tenemos ya algunos centros destinados a la educación de esos muchachos, pero atendemos también otros, como éste de San Nicolás, dedicados a acoger a aquellos otros niños pobres que necesitan una ayuda para soñar en la vida y triunfar en ella.

Nuestro fundador tuvo siempre mucho interés en que nosotros nos preparásemos muy bien para enseñar “Artes y Oficios” no sólo a los muchachos con problemas, sino también a tantos niños pobres y necesitados como hay en la vida.

Ya sabes, Marianito, lo que dice el refrán: más vale prevenir que curar. Y si a los jóvenes se les ayuda a tiempo a conseguir un empleo digno y justo, no habrá que lamentarlo después.

Las narraciones de aquel “frailecico”, contadas una y otra vez y repetidas siempre con el calor que tienen las palabras que nacen del corazón, empezaron a hacer mella en nuestro joven. Muchas noches las reflexionaba en el silencio de su lecho y dicen algunos que el recuerdo de estas palabras de su amigo fray Luis de Villel le traían a la mente los versos de aquel salmo que dice: *El señor levanta del polvo al desvalido y de la miseria al pobre*. Palabras éstas que, con el tiempo, serán el verdadero lema de vida de nuestro protagonista.

De todas formas, fuere como fuere la verdadera historia de los acontecimientos, lo cierto es que Mariano se fue entusiasmando con el ideal amigoniano y un buen día le preguntó a su amigo el fraile si

él podría ser religioso. El fraile lo miró entre complacido y preocupado:

–*Todo es posible, si se quiere.*

–*Pues yo quiero,* –contestó el niño–.

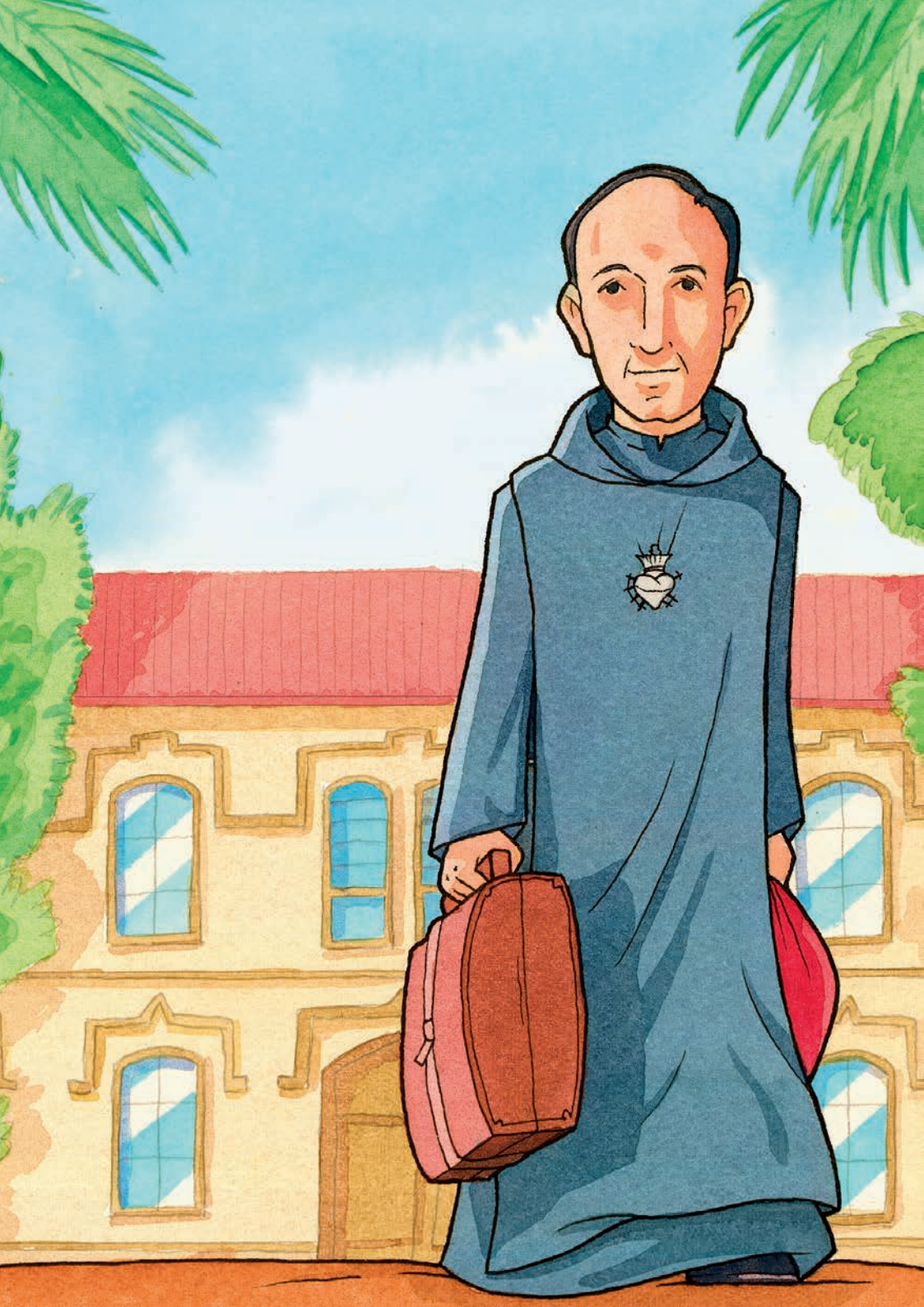
–*Entonces* –concluyó el fraile– *habla con el padre director y cuéntale a él lo que me has dicho a mí.*

Feliz y contento se dirige nuestro joven a la dirección donde lo recibe el padre Juan, que, al decir de quienes le conocieron y trataron, era un gran hombre con entrañas maternas. El bondadoso director le anima en su propósito, pero le hace ver que el camino no es ni corto ni fácil. Pero esto, lejos de desanimar a Mariano, le envalentona más. Eso era lo que precisamente él buscaba en la vida: las cosas difíciles, lo que cuesta conseguir. ¿Cómo iba a asustarle el ser fraile a quien había soñado ser canónigo?

La entrevista con el director se realiza hacia mediados de 1915 y, al comenzar en ese mismo año el nuevo curso escolar, Mariano pasa a integrar un pequeño grupo de seminaristas que hay dentro del Colegio San Nicolás y empieza a darle a los *latines*.

No le fue mal la lengua de Cicerón y de César. Con la despierta inteligencia que ya entonces le caracteriza, asimila con facilidad los contenidos de los estudios humanistas que se realizaban en los seminarios.

Con tan sólo trece años es enviado al Seminario San José de Godella donde inicia el postulantedo previo al noviciado. ¿Quién le podía decir entonces que sería precisamente aquí en Godella, y al lado mismo de aquel Seminario, donde levantaría un día la gran obra de EPLA?



De *aquí para allá*



n Godella, donde se encuentra ahora nuestro protagonista, el tiempo corre veloz.

Tras dos cursos más de estudios, y con tan sólo 15 años recién cumplidos, fray Mariano –que así le llaman aquí– viste el hábito de los amigionianos. Y dos años más tarde, exactamente el 15 de septiembre de 1922, festividad de la Virgen de los Dolores, Patrona de la Congregación amigioniana, hace sus primeros votos religiosos y se convierte en fraile de pleno derecho.

A partir de entonces, la vida de fray Mariano parece acelerarse todavía más y se inicia una etapa en la que él parece transformarse en una especie de trotamundos.

- *16 de septiembre de 1922.* Al día siguiente de hacer sus votos, a las primeras luces del alba, y sin casi tiempo para empacar las maletas y despedirse de los amigos, el nuevo fraile sale de Godella. Su destino es la capital de España. Los superiores han decidido que continúe los estudios en el Colegio Fundación Caldeiro. Este Colegio, situado en el Madrid moderno, y en los alrededores de lo que hoy es la plaza de toros de Las Ventas, es una institución que, hasta en su contextura físi-

ca, le hace recordar al joven fraile los dichosos años transcurridos en San Nicolás de Teruel. También Caldeiro es un centro destinado a acoger y educar a niños huérfanos y pobres. Nadie mejor que fray Mariano estaba en disposición de entender los sentimientos que aquellos alumnos escondían en su corazón y nadie mejor que él, que había sufrido en carne propia la tristeza de la orfandad, estaba capacitado para ofertarles, como amigo, el afecto que necesitaban.

- *2 de septiembre de 1925.* Después de tres años de estancia en Caldeiro, otra vez a hacer maletas y a empezar de nuevo. El destino no está lejano en esta ocasión. Se trata simplemente de cruzar Madrid camino de los Carabancheles. Los amigonianos acaban de encargarse del Reformatorio Príncipe de Asturias y él forma parte del primer grupo de religiosos que van a hacerse presentes en la Casa. El compromiso no es fácil, pero aquellos frailes saben llevarlo adelante con éxito. A nuestro protagonista el nuevo destino lo llena de ilusión. Es su primer contacto directo con la misión más característica de los terciarios capuchinos: *la educación cristiana de los niños y jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien*, como le gustaba repetir al padre Amigó. Su trabajo en esta Casa consiste en ser educador de uno de los grupos de Observación y colaborar como ayudante en el *Gabinete Psicopedagógico* que dirige el padre Gabriel García Llavata, un insigne psicopedagogo nacido en Benaguacil.

El 9 de abril de 1926, fray Mariano tiene la dicha de asistir a la gran fiesta que se organiza en el Reformatorio con ocasión de su inauguración oficial. Tiene además la oportunidad de ver y saludar a los Reyes de España que van acompañados de la Reina Madre y del Gobierno en pleno. Nunca aquel niño pobre de Lechago hubiese podido soñar con algo semejante. Por supuesto, tampoco falta a la fiesta una de las personas a las que más cariño ha tenido Mariano en esta vida: el padre

Luis Amigó, que para entonces había dejado ya la diócesis de Solsona y regía, como obispo, la de Segorbe.

Y así, entre trabajos y fiestas, entre encantos y desencantos, –que de todo hay en la vida diaria–, va transcurriendo el año que, en los planes de Dios, debía permanecer aquí nuestro joven religioso. La primera etapa de su vida en el Reformatorio de Madrid dura sólo un año, pero lo que nadie podía sospechar por aquella época es que, pasado el tiempo, él volverá a esta Casa de sus años jóvenes y será aquí donde se fraguará y tomará cuerpo el gran sueño de su vida: las *Escuelas Profesionales*.

- *29 de septiembre de 1926*. En esta ocasión el viaje es largo. Fray Mariano ha recibido la orden de recoger sus cuatro cosas y abandonar la meseta central en dirección a tierras andaluzas. Sus pasos se dirigen ahora a la villa de Dos Hermanas, situada a unos 12 kilómetros de la capital sevillana. Aquí la Congregación amigoniana tenía abierto un centro de corrección paternal desde principios de 1900. Nuestro fraile debe compaginar a partir de este momento los estudios de la teología con el apostolado de la educación de los menores. Y no sólo consigue cumplir ambas cosas a la perfección, sino que aún le queda tiempo para dedicarse al aprendizaje y práctica de distintas Artes y Oficios. Y es que Mariano no fue nunca lo que se llama un “intelectual puro”, sino que sobresalió por tener mucho sentido común y una inteligencia muy práctica. Supo unir a su condición de estudioso la de ser un “manitas”. Le encantaba cacharrear con aparatos y hacer experimentos de tipo eléctrico y electrónico. Le gustaba la música, la imprenta y todo aquello que de alguna manera tuviese relación con los adelantos tecnológicos. Y fue aquí, en Dos Hermanas, y durante esta etapa de su vida, cuando de un modo especial comienza a

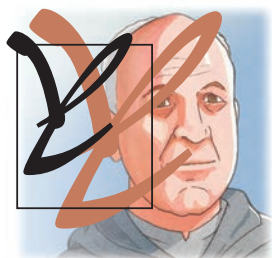
practicar estas aficiones que tanto le ayudaron para realizar después sus sueños. No es por ello casualidad que aquí impartiera, entre otras asignaturas, clases de *taquigrafía*, una técnica que por aquellos años tenía aún cierto aire vanguardista.

En Dos Hermanas tiene además fray Mariano la gran suerte de conocer al padre Domingo de Alboraya, gran pedagogo, literato y músico, y a fray Lorenzo de Alquería de la Condesa, un autodidacta que llegó a ser respetado y considerado por distintas personalidades del mundo de la educación. De ambos aprende mucho Mariano, pero particularmente del último, del que fue colaborador en la educación de los alumnos mayores.

Y también es aquí, en Dos Hermanas, donde, concluidos sus estudios, es ordenado sacerdote. Era el 25 de mayo de 1929. Y le ordena nada menos que su Fundador, el padre Luis Amigó, el mismo que años antes, cuando se disponía a embarcarse en la aventura amigoniana, le había administrado el sacramento de la Confirmación. ¡Ciertamente la unión afectiva entre el padre Amigó y el padre Mariano venía de lejos!

Y, con la ordenación sacerdotal, se abre un nuevo capítulo en la vida de nuestro fraile.

Un cura como Dios manda



a sacerdote, el padre Mariano –así le llamará la gente a partir de entonces– se siente impulsado a vivir con más intensidad su servicio a los niños y jóvenes más pobres y necesitados.

Nacido en la pobreza, nuestro protagonista no sintió nunca la tentación que suelen padecer los “nuevos ricos”. No fue él uno de esos hombres a los que las dignidades y cargos se les suben a la cabeza y les hacen renegar hasta de las raíces más sagradas del hombre, cual es la propia cuna. Ni fue tampoco de esos otros que acaban volviéndose insensibles al dolor y a las penalidades que ellos mismos padecieron. Lejos de ocultar su origen humilde, encontraba en ello uno de los mayores motivos de orgullo. Conservó siempre una sensibilidad a flor de piel para captar las necesidades que le había tocado sufrir. Y se mostró siempre dispuesto a *alzar del polvo al desvalido y de la miseria al pobre*.

Pareciera como si al hacerse cura hubiera hecho suyas las palabras de Cristo: *Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*.

En realidad, el sacerdocio cristiano no puede ser entendido si no es desde el amor. Todo el mensaje de Cristo –lo sabemos muy bien–, se

resume en su testamento: *amaos unos a otros como yo os he amado*. La santidad cristiana no está en hacer cosas espectaculares, sino en vivir las cosas ordinarias con el talante de *quien prefiere dar que recibir*.

No fue ciertamente el padre Mariano un *cura de misa y olla*, como suele ridiculizarse a quienes hacen de su sacerdocio un medio de subsistencia. Fue un sacerdote que se *hizo todo para todos*, predicando más con los hechos que con las palabras. Y no es que careciera del don del buen decir. No tenía, quizá, la ampulosidad de los famosos predicadores de la época, ni solía usar palabras raras. Era más bien un hombre que hablaba de lo concreto y con palabras que entiende todo el mundo. Sus sermones, más que entretener, llegaban al corazón de los oyentes, porque transmitía experiencias de vida. Quien esto escribe recuerda aún con cariño las pequeñas charlas que hacía, en la década de los sesenta, a los seminaristas en la capilla de Godella. Para entenderle, no hacía falta diccionario. Más que ideas, transmitía sentimientos. Y puestos a recordar, recuerdo también su figura en el confesionario. La primera vez que uno se acercaba a él, lo hacía con un cierto temor, pues su figura serena y seria impresionaba. Pero eso era sólo la primera vez. Rápidamente descubriría uno que, detrás de aquel semblante solemne, se escondía el rostro de un verdadero y cariñoso padre que te comprendía, te acogía y, sin reproche alguno ni preguntas molestas, te perdonaba y animaba.

Pero dejémonos ya de rollos y volvamos a la cronología de los hechos.

Unos meses después de su ordenación, la vida de nuestro protagonista vuelve a moverse de aquí para allá.

- *17 de julio de 1929*. El primer destino del neosacerdote es precisamente su tierra y en concreto el Colegio de San Nicolás, que tan buenos recuerdos le traía. Va ahora de segundo de a bordo y de edu-

gador de los alumnos mayores. También se encargaría de un pequeño grupo de seminaristas que allí había. Su paso por Teruel resultó muy positivo para el alumnado. ¿Quién mejor que él, que había experimentado en carne propia el sufrimiento de aquellos muchachos huérfanos, podía ahora comprenderlos y crear lazos de empatía con ellos?

Los alumnos de San Nicolás encontraron en él al amigo al que podían acercarse en sus tristezas con la certeza de ser comprendidos y queridos sin necesidad de muchas explicaciones.

Además, un hombre genial, como Mariano, no podía pasar por la Casa sin hacer innovaciones en favor de aquella muchachada. Y una de ellas fue precisamente de índole deportiva. Él no era físicamente lo que pudiéramos llamar un tipo atlético, ni tenía tan siquiera buenas cualidades para el deporte, pero sí tenía mucho sentido común y además solía pensar más en el bien de los otros, que en su propio provecho.

En San Nicolás, se practicaba desde hacía ya años el fútbol, pero como distracción a nivel interno. Al padre Mariano, esto no le convencía ni poco ni mucho. Hombre competitivo por naturaleza, quería que sus alumnos maduraran, también a través del deporte, en el esfuerzo y competitividad que son necesarios para abrirse camino en la vida. Además, ya entonces pensaba que, entre los medios que ayudan a un muchacho a triunfar en el futuro, puede tener una importancia decisiva, el deporte: *Un futbolista en equipos de clase –repetía ya en aquellos años– puede ganarse la vida sin más.*

Organizó, pues, allí un equipo entre sus muchachos y lo inscribió en un campeonato de la capital turolense. Él mismo los entrenaba y estimulaba con pequeños premios. Consiguió, sirviéndose

de su ingenio para ablandar bolsillos y corazones, un equipamiento adecuado. Y cuentan las crónicas que, en el curso 1932-1933, sus muchachos quedaron campeones de la liguilla local sin perder un solo partido. Años más tarde, desde que EPLA empiece a dar sus primeros pasos, el padre Mariano concederá al deporte la importancia que éste tiene dentro de la educación integral y será para él un motivo de satisfacción el que sus equipos se midan con los mejores del entorno.

- *18 de septiembre de 1933.* Después de cuatro años en Teruel, nuestro protagonista vuelve a Godella. Es la segunda vez que viene aquí, pero no será hasta la tercera cuando empiece a realizar su gran obra. Su nueva estancia en el Seminario San José durará sólo dos cursos escolares. Su línea educativa, como en Teruel, estuvo basada en la cercanía, en la humanidad del trato y en el estimular en cada alumno el desarrollo de sus aptitudes personales.

Durante esta etapa tiene además la gran dicha de tratar con más frecuencia al Fundador de la Congregación y asistir emocionado a sus últimos momentos y a su funeral. Buena experiencia para quien años después será el principal artífice de la Causa de Canonización del padre Amigó.

Y como el genio no puede dejar de serlo, también aquí nos deja testimonios de su creatividad y de su sentido artístico de la educación. La anécdota que sigue, perteneciente a esta época de su vida, nos da pruebas de ello.

Cuentan que, para las Bodas de Oro de las Terciarias Capuchinas –fundadas por el padre Amigó el 11 de mayo de 1885–, los frailes de Godella quisieron prepararles una de aquellas grandes fiestas que por entonces solían hacerse. Y claro, lo típico era cantar, a tres o cuatro voces, alguna de las más famosas Misas solemnes. El superior, viendo que no tenía ninguna persona con la preparación suficiente para diri-

gir los necesarios y complicados ensayos, pensó pedirle el favor a un religioso de otra comunidad. Pero cuando Mariano se enteró, se presentó medio malhumorado ante él y le dijo:

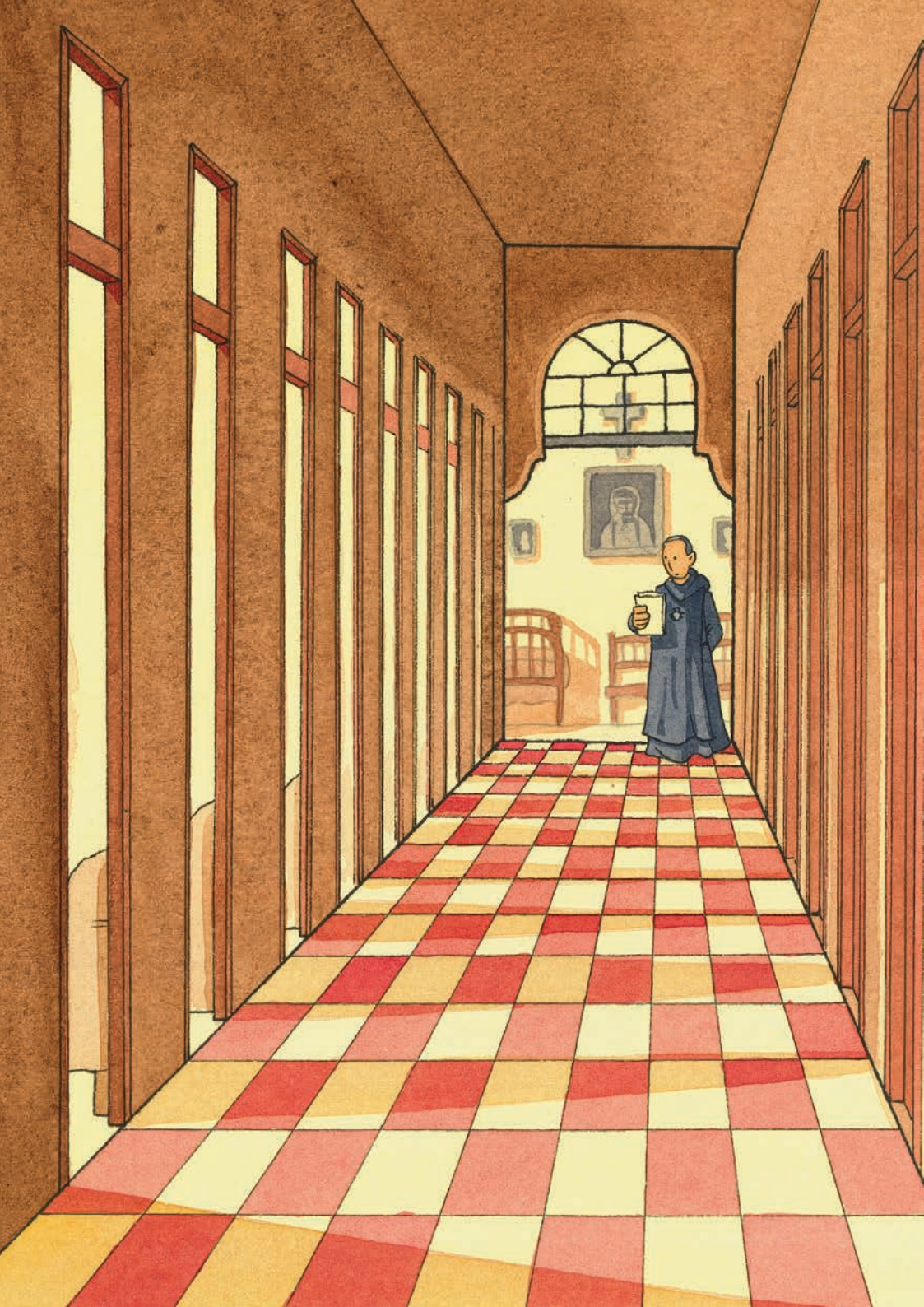
–No es necesario buscar a nadie de fuera para hacer los ensayos. Aquí estoy yo y me comprometo a ello.

El superior, sin tenerlas todas consigo, pues sabía que nuestro protagonista no era ningún virtuoso de la batuta, consintió resignado por no desairarle.

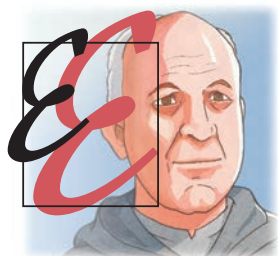
Y aseguran las crónicas que, llegados los días de la fiesta, los seminaristas cantaron a plena satisfacción del público tres Misas polifónicas diferentes, a cada cual más difícil y complicada.

Así era Mariano. No era un genio en nada concreto, pero era genial para todo. Y su genialidad, satinada con el tesón y tenacidad propias del aragonés, le convirtieron muchas veces en un verdadero mago de cosas que parecían imposibles.

No obstante, el éxito musical del padre Mariano no fue suficiente para retenerle en Godella más allá del curso escolar que finalizaba en junio de 1935. En los planes de sus superiores –y posiblemente también en los de Dios– estaba decidido que partiera hacia nuevos horizontes, situados esta vez fuera de las fronteras españolas



Emigrante *y peregrino*



El 16 de julio de 1935, el padre Mariano recibe en Godella una carta especial de su General. La abre, entre nervioso e ilusionado, y se encuentra con un documento en el que se le ordena cambiar de aires. También hay en el sobre otro papel más elegante, una especie de diploma, en el que se le nombra superior de su nueva residencia.

Pero, con la emoción y los nervios, nuestro buen fraile casi no se ha enterado de que el nuevo destino le supondrá abandonar a los seres más queridos y la tierra que lo vio nacer y convertirse en una especie de emigrante y peregrino en medio de otras gentes y culturas. Él sabe que éste es el precio que a veces lleva consigo la llamada de Dios. Sabe que, ya en la antigüedad, el más famoso de los patriarcas, Abraham, tuvo que dejar su casa y su patria para seguir su vocación. Y sabe también que, en época mucho más reciente, su mismo fundador, el padre Luis Amigó, debió abandonar su país y marchar a Francia para poder hacerse fraile. Pero sabe, además, que Dios, cuando le pide a un hombre jugar fuerte y duro en la vida, nunca le deja perder la partida. Y esto último le acaba consolando, e incluso alegrando, en medio de la pena que siente al tener que separarse de lo que más quiere.

Por otra parte —y esto es algo que nuestro protagonista no podía ni tan siquiera sospechar entonces— este traslado resultará providencial en su vida. Un año después de que recibiera la orden de abandonar Godella, se desatará en España la tristemente famosa *Guerra Civil*. La Congregación amigoniana, matemáticamente diezmada, será, con sus 26 religiosos mártires, la orden religiosa que más personal perderá proporcionalmente en la contienda española.

Pasado el tiempo, el padre Mariano, que se libró del peligro de esta guerra con el traslado que ahora estamos viendo, será también uno de los promotores de la Causa de Canonización de los mártires amigonianos de 1936. Pero..., no queramos adelantarnos a la historia y regresemos al presente.

Con decisión y, sobre todo, con el optimismo que distinguía su personalidad, el padre Mariano afronta su nuevo destino y emprende un largo viaje al sur de Italia, a un pueblecito situado en el “Tacón de la bota”, en el que los religiosos amigonianos estaban presentes desde hacía ocho años. La empresa que se le ha encomendado en Galátone —así se llama aquel pueblecito— no es fácil. La vida allí ha sido dura desde los inicios para los frailes de Luis Amigó. A la pobreza propia de la Italia meridional se ha juntado el carácter poco expansivo de unas gentes que aceptaron con reticencias la presencia de aquellos extranjeros a los que ni tan siquiera entendían. Y aunque ahora —en 1935— las cosas habían cambiando para bien, los “padres españoles” —como allí les llamaban— no habían conquistado aún del todo el afecto de la población.

Tras descansar, como era ritual, unos días en Roma y conocer algunas de las maravillas de la Ciudad Eterna, el padre Mariano llega a Galátone a mediados de agosto. No sabía —nos dice él mismo— ni “jota” de italiano. Y allí no había ni tiempo, ni lugar, ni dinero para dedi-

carse formalmente a aprenderlo. Lo urgente era empezar cuanto antes a predicar; a confesar; a relacionarse con la gente... La dificultad era, sin embargo, cómo hacerlo sin manejar unos mínimos del idioma.

Otro, en su lugar, se hubiera acomplejado, pero a él, una vez más, no se le arrugó el ombligo. Poniendo en juego toda una serie de ingeniosas artimañas, allí estaba Mariano, a los cuatro días, moviéndose como pez en el agua. Y así, actuando y hablando con la gente, aunque al principio nadie le entendiera, se fue abriendo camino y dándose a conocer. Claro que, con su atrevimiento inicial —sólo comparable a su ignorancia de la lengua italiana—, provocó situaciones como éstas:

- Un día mandó a uno de los internos a comprar varios kilos de pescado para la cena. Y a pesar de que nuestro buen fraile acabó medio sudado por las gesticulaciones realizadas para hacerse entender; y a pesar también de que el italiano bien pronunciado distingue, incluso mejor que el castellano, entre el *pez* y *la pez*, podrá suponer el lector la juerga que se armó cuando el muchacho regresó con una gran lata llena de esta substancia grasosa parecida al betún. Y cuentan las crónicas que, aunque todos vieron menguada esa noche la ya de por sí escasa cena, se consolaron pensando que tenían en casa la suficiente pez para embaldurnar balones durante casi una eternidad.

- Otro día le invitaron a comer en casa de una familia de modestos campesinos, amigos de la comunidad. Como es natural, prepararon “spaguetti” en cantidades industriales. Cuando empezaron a servirle, él, hombre delicado del estómago desde siempre, intentó frenar pronto el entusiasmo servicial de la señora de la casa. Pero creyendo que la voz italiana “*piu*” significaba “*basta*”,

cuando en realidad significa “más”, empezó a decirle cada vez con mayor énfasis: “*piu... piu... piu*”, hasta que consiguió que le vaciaran en el plato más de media fuente.

Aclarado el mal entendido, por el único medio que se podía, es decir, por los gestos, el señor de la casa intercambió, contento y sonriente, su escuálido plato con el del invitado. Y entonces éste –continúa contando la anécdota– no sabiendo cómo se comía aquello, empezó a aspirar y tragar directamente los “spaguetti” con ese peculiar estilo que usan generalmente los niños. El dueño de la casa y los demás comensales –concluye la anécdota– terminaron haciendo lo mismo para no avergonzarle.

Cuando, con el tiempo, el padre Mariano fue abriendo los ojos y fue reconociendo su ignorancia y dándose cuenta de lo desmedido de su atrevimiento inicial, solía relatar éstas y otras anécdotas para general jolgorio de los oyentes.

Pero, por supuesto, no todo fueron anécdotas en la etapa italiana de nuestro protagonista. Como en los otros sitios por donde pasó, también aquí dejaron honda huella sus pisadas. Organizó, con un nuevo estilo, la vida de los seminaristas italianos, escribiendo para ello un reglamento lleno de rasgos de humanidad. Y señalo esto, porque se resalta así una de sus cualidades más características. El padre Mariano era una persona muy sacrificada y exigente consigo mismo, pero era, en esa misma medida, comprensivo y humano para los demás y particularmente para sus muchachos. Y precisamente una gran prueba de su humanidad es la que nos refleja el siguiente hecho:

–Habiendo experimentado él que el clima veraniego de Galátone era excesivamente cálido y que la tórrida temperatura resultaba insostenible dentro de la Casa, empezó a pensar el modo de hacer la vida de los seminaristas y de los frailes lo más agradable posible durante

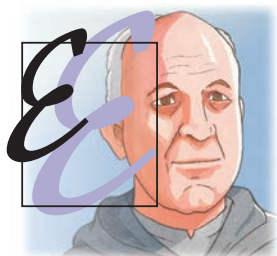
aquellos infernales meses. Y sin encomendarse a nadie, ni pedir permisos que suelen eternizarse, alquiló a orillas del mar una casita donde instaló a su comunidad y alumnos durante los veranos. Así hacía él las cosas, las soñaba con la ternura de los sentimientos y nada se resistía ya a su tenacidad aragonesa.

Durante su permanencia en Galátone funda también los *Cooperadores Marianos*, algo así como un brazo largo de la Congregación amigoniana para incorporar seglares a su obra en favor de los niños y jóvenes con problemas. Esta asociación, fundada en 1937, fue la precursora de la actual *Asociación de Cooperadores Amigonianos*. Igualmente funda, en 1939, como órgano de difusión de la mencionada asociación, una revista que aún hoy continúa publicándose en Italia.

Y como las actividades desarrolladas por nuestro protagonista durante los diez largos años de estancia en tierras italianas son muchas y variadas, las continuaremos relatando en los dos próximos capítulos.



Esfuerzos de *un hacedor de santos*



n el verano de 1942, el padre Mariano emprende un viaje a España que resultará importantísimo en la trayectoria posterior de su vida.

No era la primera vez que regresaba a la patria desde su partida. Ya en 1939, finalizada la guerra civil, lo había hecho en un viaje lleno de peripecias, durante el cual el barco italiano en que se dirigía a España había sido interceptado por la marina francesa y retenido en Marsella. Eran entonces los inicios mismos de la II Guerra Mundial.

El viaje que ahora emprende tiene, sin embargo, un objetivo muy concreto. El padre Mariano, que ya en vida de su Fundador le profesó gran cariño, ha ido acrecentando con los años su devoción a él. Sin que nadie se lo mande, él mismo se adelanta y se ofrece a los superiores para recoger datos y testimonios sobre el padre Amigó, antes de que desaparezcan las personas que más lo conocieron. Los superiores se lo permiten, pero con la advertencia de que el proyecto no tiene la financiación oficial. ¡Y qué le importa a Mariano el dinero! Él sabe que sin dinero no se pueden hacer las cosas, pero sabe también que cuando algo se quiere hacer, los medios acaban apareciendo, especialmente si el que las hace es un mago en el “arte del buen pedir”.

Con lo puesto, pues, pero con mucha ilusión y con mucho sentido común, inicia una gira que se alargaría por más de seis meses. Recorre de arriba a abajo España, deteniéndose sobre todo en los lugares amigonianos: Masamagrell, Valencia, Ollería, Orihuela, Torrent, Benaguacil, Montehano, Antequera, Solsona, Segorbe... Armado con libreta de bolsillo y pluma, va de aquí para allá, como periodista pobre, entrevistando a las personas que conocieron a su Fundador. Y así, casi sin darse cuenta, llega a reunir una buena cantidad de preciosos testimonios, anécdotas y datos sobre el padre Amigó, que de otra forma se hubiesen perdido. Investiga también en bibliotecas y archivos y hasta consigue recuperar algunos objetos del fundador que andaban extraviados.

Terminada la gira, que no fue ningún viaje de placer para un hombre enfermo como él, regresa de nuevo a Italia. Y como fruto inmediato, redacta y publica en italiano, con el material recogido, la primera biografía existente sobre el padre Luis Amigó. Se trata de un pequeño libro. Años después, en los umbrales ya de su muerte, publicará su gran obra amigoniana: *Mensaje de Amor y de Redención*.

Pero el mejor fruto de ese su viaje a España vendría años después. Sin pretenderlo, el padre Mariano había conseguido, con su entusiasmo y tesón, despertar por donde pasó el interés de las monjas y frailes amigonianos por conocer mejor a su Fundador. Y este creciente interés hará que ocho años después —en 1950— se inicie en Valencia el largo proceso para su Canonización. Y llegado el momento, nadie pondrá en duda que quien mejor puede realizar este complicado trabajo es precisamente nuestro biografiado. Será así —sin pensarlo ni quererlo— como el padre Mariano se convertirá en una especie de *hacedor de santos*.

Sí, sí... Todos sabemos que a los santos no los hace nadie. Que son ellos los que, fieles a Dios, se han ido haciendo durante su vida, supe-

rando egoísmos y creciendo en amor. Pero, sin ponernos tan solemnes, todos sabemos también que es casi imposible que una persona, por muy buena que haya sido, sea reconocida oficialmente santa si detrás de ella no hay quien se preocupe de darla a conocer y propagar su devoción. Quizá por ello se dice que *no hay santo sin santero*.

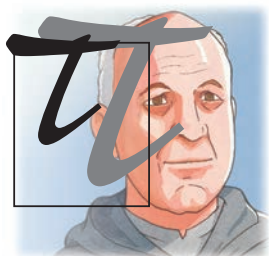
Pues bien, llámesele santero, hacedor de santos o como se prefiera, la realidad es que nuestro padre Mariano acabó siendo el gran promotor y artífice de la Causa de Canonización del padre Amigó. Esta dedicación a la Causa le proporcionaría, entre otras, la alegría de poder visitar y conocer tierras americanas y, en concreto, venezolanas.

Nadie se explica aún cómo pudo compaginar el difícil trabajo del proceso de Canonización con el no menos difícil de la fundación de EPLA y, sobre todo, cómo pudo llevar perfectamente adelante ambos. Nadie se lo explica, pero la realidad es ésta. Trabajador infatigable y hombre polifacético como era, el padre Mariano tan pronto podía estar escribiendo un libro sobre su fundador, como ponerse a renglón seguido a dar una clase de electricidad o a idear nuevos proyectos para sus Escuelas.

Claro que todo esto que estamos adelantando puede hacernos olvidar que nuestro protagonista se encuentra aún en Italia y debemos regresar allí para ver cómo le van las cosas.



Entre bombas *anda el juego*



ras su largo viaje por España, el padre Mariano regresa a Galátone. Estamos en la primera quincena de enero de 1943. La situación aquí es ya muy tensa. La Guerra Mundial, iniciada cuatro años antes, no había dejado sentir aún sus efectos directos sobre el país.

Integrada en el eje Berlín-Roma-Tokio, Italia vivía una paz aparente. Pero esta situación estaba a punto de estallar. Cada día eran más insistentes los rumores de un inminente desembarco aliado en las costas del sur. Y éste se produjo, por fin, en los primeros días de julio de ese año 1943. Nuestro protagonista, que se había salvado providencialmente de la guerra española, no se vería libre ahora de la mundial.

Con el desembarco aliado en Sicilia, el clima bélico se hace ya palpable. Incluso en los alrededores de Galátone empiezan a cavarse trincheras.

Así las cosas, al finalizar el curso escolar, el padre Mariano decide enviar a los seminaristas a sus casas y el 13 de julio se encamina con los otros frailes hacia el norte. Su objetivo es llegar a Catignano, un pueblecito de la provincia de Pescara donde los amigionianos tienen

una casa desde 1936. Se trata en realidad de un viejo convento capuchino, construido alrededor de una preciosa Iglesia románica del siglo XII que conserva los restos de una mártir de los primeros siglos de cristianismo llamada Santa Irene.

Durante el largo viaje, les sorprende más de un bombardeo, pero, gracias a Dios, llegan sanos y salvos a su destino.

Ubicados en Catignano, los días pasan veloces, pero no tranquilos. Los aliados prosiguen su avance. Corren voces de que los alemanes se van replegando y de que pronto llegará el frente a aquellos apacibles parajes. Y así sucede en realidad. Eran ya vísperas de Navidad, cuando el 7 de diciembre de 1943 un comando alemán aparca su coche en la explanada del convento. Traen órdenes de instalar allí una compañía de intendencia. Comunican a los frailes que no tienen necesidad de abandonar la casa, pero tendrán que ceder parte de sus instalaciones. Acuerdan unilateralmente que la comunidad dispondrá de unas pocas habitaciones, de un pequeño comedor, de una salita y de la Iglesia. El resto del convento queda militarizado. Sólo la cocina será compartida, según horario, por frailes y soldados.

La nueva situación desestabiliza aún más la frágil tranquilidad que allí reinaba. Al día siguiente mismo de que fuera militarizado el convento, aviones aliados, alertados por los partisanos, sobrevuelan la zona y bombardean los alrededores. Los superiores se percatan de que es muy peligroso continuar en aquellas condiciones, máxime cuando el frente se encuentra ya a tan sólo 30 kilómetros del pueblo.

El mes de diciembre lo pasan los frailes en un continuo sobresalto a pesar de que su convivencia con los soldados es pacífica.

Las preparaciones navideñas ayudan a distensionar un poco el ambiente. Los soldados cocinan para la Noche Buena pollos, gelatinas y típicos pastelitos rellenos de mermelada, llamados “krapfen”. También

nuestros frailes degustan esa noche la cocina alemana y se vive un aire de fiesta que, por algunos momentos, hace olvidar la guerra. Se celebra incluso con toda solemnidad la *Misa del Gallo* a la que asisten algunos soldados alemanes. Y nuestro protagonista consigue confesar a algunos de ellos, a pesar de que no sabía ni papa de alemán. ¡Otra vez Mariano y sus viejas artimañas!

Pero, como las fiestas pasan rápido y la alegría suele ser corta en la casa del pobre, aquel ambiente distendido se esfuma con el alba. Cada día que pasa, las voces que corren por el pueblo son más alarmantes y todos parecen coincidir en que hay que abandonar la zona.

El 31 de diciembre, el padre Mariano, viendo el panorama muy negro, marcha con otro religioso a consultar al arzobispo de Chietti. Recorren a pie los más de treinta kilómetros que les separan de la ciudad y en varias ocasiones tienen que refugiarse bajo los puentes para sortear los bombardeos de los aviones aliados que, como es natural, no distinguen desde su altura ni entre civiles y militares ni entre amigos y enemigos.

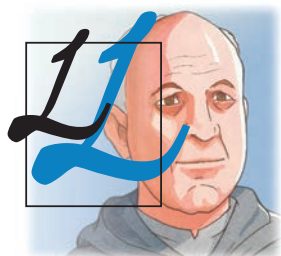
El arzobispo les aconseja que se trasladen cuanto antes a Roma que ha sido declarada Ciudad abierta. De regreso al convento, ya al atardecer, les cae una nevada tan impresionante, que, si no llega a ser por un camión cargado de hierros que pasa por allí y los recoge, difícilmente hubiesen podido contar los dos frailes su odisea. Al entrar en casa, nuevo motivo de sobresalto. Los soldados acaban de celebrar la Noche Vieja y algunos, alegres por el alcohol, habían dejado el convento patas arriba. Buscan como pueden sus habitaciones en la oscuridad y se encierran en ellas asustados. Al día siguiente, el comandante del puesto quiere obligar a todos los civiles de la población y a los frailes a despejar con palas la nieve caída en el camino que une el convento con el pue-

blo. Pero el padre Mariano, conocedor de sus derechos, marcha a entrevistarse con el jefe militar superior y consigue que la orden sea revocada. ¡Nadie le obligaría nunca a hacer lo que para él era injusto!

En los primeros días de enero sigue reinando una creciente intranquilidad. Los frailes ya no pueden salir ni tan siquiera a pasear, pues la última vez debieron desperdigarse entre los sembrados ante la amenaza de ser tiroteados por unos cazas que sobrevolaban la zona. El padre Mariano y el superior de Catignano tienen decidido ya el marchar a Roma, pero no encuentran ni los medios ni la forma. Por fin, una luz parece brillar en el horizonte. El 15 de enero de 1944, aprovechando que un camión alemán emprende camino de la capital, sale parte de la comunidad con nuestro protagonista a la cabeza. Cargan en el camión todos los útiles que pueden, pero principalmente alimentos. Y, después de traspardar a mitad de camino a otro vehículo, llegan a las puertas de la Ciudad de los Papas al día siguiente.

Cargados con los fardos de víveres y utensilios por las calles de Roma, se dirigen a un convento medio desierto de franciscanos españoles donde les dan cobijo. Aquí sufren durante medio año las calamidades de la guerra. La comida escasea y, a pesar del estraperlo, pasan más hambre que el perro de un volatinero. El padre Mariano, para distraerse un poco y acallar los tormentos de su estómago enfermo y vacío, se matricula en una Universidad romana y cursa allí algo de Derecho Canónico. El 31 de marzo, la comunidad amigoniana en el exilio es recibida en audiencia privada por el Papa Pío XII. Es uno de los pocos consuelos que tienen en medio de tanta calamidad. Finalmente, el 4 de junio, las tropas aliadas entran en Roma y unos días después nuestros buenos frailes reemprenden el regreso al hogar en unos coches puestos a su disposición por el Vaticano. Había estallado la paz, pero empezaban a sentirse con más fuerza las consecuencias de la guerra.

Etapas de *un largo sueño*



Las trágicas consecuencias de la Guerra Mundial impiden la pronta reapertura de la casa de Galátone y nuestro protagonista se encuentra de buenas a primeras sin oficio ni beneficio.

Sus superiores deciden entonces que regrese definitivamente a su patria. Era el 3 de marzo de 1946. Con este traslado, sin que nadie se diera cuenta, Dios va moviendo los hilos de la historia para que Mariano pueda realizar los proyectos que Él mismo le tiene reservados.

En Madrid, nuestro buen fraile empieza a vivir las últimas y más decisivas etapas del largo sueño que marcará su existencia.

Su ilusión por la formación profesional no es algo de última hora. Desde que se embarcó en la aventura amigoniana, vio siempre con claridad la necesidad de ofrecer a los niños y jóvenes con problemas los máximos agarraderos posibles para que pudiesen labrarse un digno futuro. Conocedor de la importancia que daba el padre Amigó a las *Artes y Oficios*, quiso, desde sus años jóvenes, potenciar esta enseñanza en los centros de educación especial. Pero comprendió también que dicho proyecto no era posible sin la formación de maestros que

uniesen a su dedicación vocacional la adecuada preparación técnica. Soñaba, pues, desde hacía años, en unos talleres debidamente tecnificados. Y soñaba también con que esos talleres fuesen dirigidos por religiosos amigonianos oficialmente cualificados.

Soñaba, sí..., pero hasta el momento no había encontrado la forma de traspasar el umbral que une sueños y realidad. El Reformatorio de Madrid le iba a ofrecer ahora esta oportunidad y él no la desperdiciaría.

La situación en su nuevo destino era desesperada. Son los años de la posguerra española y del bloqueo. Y como en este mundo siempre paga “poca-ropa”, se sienten aquí de manera especial los efectos de la penuria reinante. El Reformatorio de la Capital alberga, en condiciones rayanas en la miseria, a más de 500 internos, a los que había que sumar los 250 cobijados en una Casa de Observación a la que llaman, no sin razón, “el Arca de Noé”. El director del Centro, hombre grande donde los haya, intuye rápidamente la valía de nuestro biografiado y le da carta blanca. Ciertamente tenía buen ojo clínico el padre Subiela, que así se llamaba el director.

Con la creatividad y tesón que le caracterizan y con el apoyo y libertad que le concede su superior, el padre Mariano se pone enseguida manos a la obra. Comprende inmediatamente que lo más urgente y necesario es abrir unos talleres donde los jóvenes puedan sentir la ilusión de hacer algo provechoso para su futuro. Llama a las puertas oficiales, pero sólo recibe largas y excusas. La institución nada le puede aportar, pues escasea incluso la manutención. Así las cosas, se tira a la calle. Y como no tiene vergüenza de pedir en nombre de Dios cuando se trata del bien de sus muchachos, pide y pide hasta que consigue ablandar suficientemente los bolsillos. Y para asombro de los otros frailes —y quizá también de Dios—, van llegando a la casa pesadas y viejas maquinarias que, tratadas con mucho ingenio y mimo, fueron

la base del taller de imprenta. Llegan después otros aparatos con los que se monta la encuadernación y, sobre todo, la verdadera joya de la institución: *el taller de electricidad, radio y televisión*. Estos talleres –conocidos oficialmente como Talleres del Ángel Custodio– no eran un simple montaje del dos por tres, pensados sólo para matar el tiempo de los muchachos. Estaban montados de acuerdo a los avances de la técnica y preparados para competir a nivel industrial. Particular fama alcanzó en el entorno de la capital el taller de electrónica que llegó a patentar la marca de radio *Dominator* muy apreciada en el comercio. Este mismo taller, aparte de fabricar y reparar transformadores de electricidad, amplificadores y aparatos cinematográficos, trabajó también la técnica televisiva que en aquellos años era en España una técnica de verdadera avanzadilla. Así, ¡a lo grande!, le gustaban las cosas a Mariano. Él, hombre humilde, como buen franciscano, quería lo mejor para sus muchachos. Y cuando se trataba de técnica, le gustaba ser serio y vanguardista.

Pero, como la gente no puede ver a un pobre acomodado, bien pronto los talleres del padre Mariano despertaron suspicacias y recelos. Unos parecían tener celos porque aquellos talleres privados tenían más fama que los mismos talleres oficiales del Reformatorio. Otros no querían que quienes nada habían ayudado se vistieran con plumas ajenas. Y resultó que, al final, como suele suceder demasiado a menudo en la vida, pagaron los platos rotos los únicos que no tenían ninguna culpa: el padre Mariano y sus muchachos.

Uno de los primeros días del año 1953, nuestro protagonista recibe la orden más dura que nunca recibió en su vida. Debe dismantelar sus talleres, cargar la maquinaria y marchar a Godella. Él mismo nos cuenta que esta obediencia le hizo llorar inconsolable

sobre los muros de sus talleres. Como lágrimas provocó también la decisión en los alumnos y en los maestros que habían trabajado y aprendido allí. Con el tiempo, comprenderá Mariano que este sacrificio era necesario para lo que tenía que suceder después.

Cargadas las pesadas maquinarias en un viejo y medio destartado camión, abandona Madrid. El viaje hacia su destino resulta ser una verdadera odisea. Es invierno. La nieve cierra algunos de los tramos y hay que esperar pacientemente a que se reabran. Y por si faltaba algo, uno de los ejes del vehículo se parte:

–Ya se lo decía yo –repite exasperado el conductor–. No debimos cargarlo tanto. Era demasiado peso. Pero usted, como buen baturro, no quiso bajarse del burro, ni dar su brazo a torcer.

Mariano no responde a estas acusaciones del pobre Fermín ni tampoco a todo el rosario de imprecaciones que salpicaron el arreglo de la avería. Callaba y sufría porque su viejo sueño parecía definitivamente roto.

Superada esa y otras peripecias que sobrevinieron, nuestro personaje llega por fin al Seminario San José. El recibimiento que aquí se le hace no es de lo más entusiasta. Para algunos –los más– el cargamento del viejo camión es un montón de chatarra que mejor hubiese sido tirar en otra parte. Para otros, todo aquello representa el fracaso de un hombre que había querido luchar contra viento y marea y había sido derrotado. Sólo unos pocos –los que conocen lo irreductible de su carácter– ven en aquel camión las cenizas de donde resurgiría, como Ave Fénix, el genio y la garra de nuestro aragonés.

Lo cierto es que ésta es la tercera vez que el padre Mariano llega destinado a Godella y en el reloj de Dios estaba marcado que sería la última y definitiva. El umbral que une sueños y realidad acaba de ser traspasado.

Cuando las *ilusiones se cumplen*



pesar de lo frío del recibimiento, Mariano no se desanima. ¡Bueno era él para eso! Cuantas más dificultades encontraba, tanto más se crecía.

Sin perder tiempo, instala, en uno de los dos pabellones gemelos que hay en la parte trasera del Seminario, las maquinarias de la imprenta. El único local que le ceden tiene así una rápida utilización. Las *Gráficas Amigó* –como quiso él llamar a su tipografía– son pronto conocidas en los alrededores y empiezan a atender enseguida los más variados encargos. La autofinanciación queda asegurada. Y la calidad de enseñanza de estas gráficas es tal, que, con el tiempo, algunos de sus primeros maestros y alumnos acabarán estableciéndose y abriendo sus propias empresas en el sector.

Los éxitos de la imprenta no satisfacen sin embargo del todo las expectativas de nuestro protagonista ni colman sus ilusiones. Él sueña con unas verdaderas *Escuelas Profesionales* y sabe que el futuro de tales centros está en especialidades como la electrónica o la mecánica automotriz. No cesa, por ello, en el empeño por ampliar su obra. Pero el espacio físico disponible es, a todas luces, insuficiente. A tiempo y a

destiempo insiste ante el superior del Seminario para que le ceda el otro pabellón gemelo. La batalla, que no fue fácil, duró varios años. Aunque parezca absurdo, hubo superior que prefirió tener vacío aquel espacio, que entregárselo a Mariano.

Y es que Mariano era un hombre que, por su fuerte personalidad, provocaba, sin él quererlo, los sentimientos más encontrados. A algunos, de carácter más tímido o indeciso, les daba miedo el estilo aparentemente desenfadado con que afrontaba nuestro fraile los proyectos más difíciles y comprometidos. Temían verse envueltos en cualquier bancarrota por aquel hombre que, sin disponer de una cuenta corriente, estaba siempre adquiriendo nuevos materiales y promoviendo nuevas construcciones. Seguramente ignoraban que aquel hombre afrontaba con tanto riesgo el futuro porque, al igual que su fundador, el padre Amigó, confiaba plenamente en Dios.

Pero, como todo acaba consiguiéndose en la vida, si uno no se desanima antes, llegó el día en que uno de los superiores del Seminario, o bien porque estaba convencido, o bien para que no le diera más la paliza, acaba cediéndole el deseado pabellón. Con esta cesión empieza ya la que podríamos llamar verdadera historia de EPLA. En el nuevo espacio físico, utilizado al milímetro, y en el que va dejando libre la imprenta que empieza a desmontarse, se consiguen ubicar las especialidades de electricidad, carpintería y mecánica y se empiezan a dar los pasos necesarios para el reconocimiento oficial. Previamente, en el otoño de 1956, el Superior general de los amigonianos había autorizado a Mariano "a poner en marcha *Las Escuelas Profesionales Luis Amigó*", pensadas, en un primer momento, sólo para la formación de algunos frailes y aspirantes de la Congregación.

Para el curso 1960-1961 se admiten en EPLA los primeros alumnos externos. Suman un total de cuarenta y cinco y provienen en su

mayoría de las poblaciones de Godella y Rocafort. Con fecha 26 de enero de 1960 se había recibido del Ministerio correspondiente la *autorización* para las Escuelas y su primera subvención. A finales de ese curso, los alumnos se examinan, con total éxito, en la Escuela Industrial de Valencia.

Desde entonces, Mariano no se concede tregua, con su ya conocida habilidad pedigüeña, mueve las chequeras de los amigos. Solicita incansablemente ayudas públicas. Dota a los pequeños talleres con nuevas y modernas maquinarias. Peregrina de despacho en despacho pidiendo las aprobaciones oficiales. Y en tan sólo cuatro años consigue que sus Escuelas sean reconocidas por el Estado como centro de Formación Profesional e Industrial. El decreto lleva fecha del 8 de octubre de 1964.

Con la inyección de moral que le supuso el reconocimiento estatal, el padre Mariano se siente el hombre más feliz del mundo, pero su felicidad no es completa. Desde hace tiempo, se ha dado cuenta de que los locales, que al principio le parecían incluso amplios, se le han quedado pequeños y estrechos. Parece como si se hubieran encogido. La gente está apiñada y ya no cabe físicamente. Esto le atormenta, pero lejos de desanimarle, le hace soñar de nuevo. Y sueña con nuevos talleres, luminosos y espaciosos, en los que poder educar a sus muchachos. Y sueña también con duplicar o triplicar el alumnado, pues siente pena por tantos jóvenes de la comarca que no podrán seguir una carrera universitaria, pero que necesitarán aprender un oficio para triunfar en la vida. Y porque no ha dejado de soñar, le pide al Superior general de entonces —que siempre le había apoyado— que le cediese un pequeño terreno plantado de olivos que tiene la Congregación fuera de los muros del Seminario. Nadie podía imaginar que en

aquel pedregoso rincón pudiera construirse el complejo que actualmente ocupa EPLA. Más de uno ha llegado a pensar que el mago Mariano multiplicó los metros cuadrados con extrañas artes.

El 27 de febrero de 1967 empiezan las obras en el nuevo solar. Lo primero que se construye es el pabellón destinado a oficinas y a residencia de los religiosos. La construcción va a tal ritmo, que en enero del año siguiente, 1968, ya reside allí una nueva comunidad de la que ha sido nombrado primer superior, como es natural, nuestro protagonista. En septiembre de ese mismo año, al comenzar el curso escolar 1968-1969, toda la actividad escolar de EPLA se desarrolla ya en los nuevos locales. EPLA se traslada así “extra-muros” del Seminario y deja limpios y vacíos los pequeños locales en que había nacido. De todas formas, su marcha no será definitiva. Pasados los años, cuando vaya desarrollando más y más la potencialidad de su ser, EPLA regresará de nuevo a los locales de su niñez y los llenará otra vez de vida.

Cuando EPLA se traslada a su nueva sede, cuenta con el siguiente alumnado de Formación Profesional distribuido en sus especialidades de Torno, Ajuste, Electrónica, Instalador-montador y Delineante:

-Iniciación.....	195 alumnos
-Oficialía	224 alumnos
-Maestría.....	38 alumnos
Total.....	457 alumnos

A esta cifra hay que añadir los 192 alumnos encuadrados en las cinco unidades de primaria aprobadas oficialmente en el verano del mismo año.

El padre Mariano ve por fin hecho realidad el gran sueño de su vida. EPLA ha nacido. Pero la vida de nuestro protagonista no termina aún. Durante casi diez años acompaña a su criatura. Asiste entusiasma-

do a su continuo crecimiento. Se preocupa y desvive porque se imparta una formación cristiana y catequética a los jóvenes. Vibra con sus logros y celebra con inusitado gozo las victorias de sus equipos deportivos y los campeonatos conseguidos por sus alumnos en los concursos y certámenes de ámbito nacional e internacional. ¡Cómo disfrutó el día que un alumno suyo se proclamó Campeón Mundial de Electrónica en la especialidad de Reparación de averías de radio y televisión!

Vive, pues, con intensidad nuestro buen fraile los años que acompaña el primer caminar de su criatura. Pero el vivir y saborear la vida no le impide nunca seguir soñando. Casi ya con un pie en el estribo, continúa ilusionándose con la idea de abrir en Rocafort una residencia para jóvenes necesitados, de cuyas instalaciones, particularmente de los talleres, pudieran beneficiarse también los muchachos del entorno. Así fue él, tenaz y soñador hasta el final.



El atardecer de *un patriarca*



umplidos los 65 años, el padre Mariano pide a sus superiores que le releven de la dirección directa de EPLA y le dejen quedarse un poco a la sombra. Quiere demostrar así que aunque la obra es suya, él no es imprescindible y que otros podrán llevarla adelante. Era ésta otra de las grandezas de Mariano. Impulsaba obras, pero sin ánimo de absorber y controlarlo todo. No era un pulpo. El tiempo le había enseñado la ciencia del saber delegar y confiar plenamente en sus colaboradores.

Cuando en agosto de 1971 deja en manos de uno de sus discípulos predilectos la alta dirección de EPLA, encuentra el tiempo necesario para descansar un poco de sus continuados desvelos. Es una época en la que el patriarca, en el atardecer ya de su vida, quiere dedicarse a sí mismo el tiempo que, durante el resto de su existencia, se ha ido negando en favor de los demás. Es tiempo para la reflexión personal y para ir preparando el equipaje del último y definitivo viaje. Es tiempo para ir concluyendo aquellas cosas que ha ido dejando siempre para después. Y es tiempo también para dedicarse con un poco más de serenidad a uno de sus más queridos “hobbies”. Con su emisora –que

tiene como clave de identificación la sigla EA-5-FE-, sale al aire con más frecuencia a encontrarse con sus viejos amigos *radio-aficionados*. Con ellos recuerda entonces los esfuerzos realizados un día para poner en onda las famosas *radio-bonete*, una especie de pequeñas emisoras de radio popular puestas al servicio de la iglesia valenciana. Son ya tiempos de nostalgia y de satisfacción por las buenas labores realizadas.

Vive también con ilusión y pasión –como era característico en él– los pasos que está dando la Congregación amigoniana para ponerse a tono con los nuevos ritmos conciliares. Goza profundamente los últimos años de su vida, pero también sufre. Sufre cuando considera que las decisiones de las nuevas autoridades de EPLA pueden desviar a su obra de los fines originales. Y en tales casos no sólo sufre, sino que levanta valientemente su voz con esa fortaleza que da la autoridad moral. Y sufre, y además en silencio, cuando algunos de sus hermanos de hábito, a pesar de los hechos, no acaban de entender el gran sueño de su vida. Pero para tales momentos, la genialidad de nuestro protagonista tiene guardado en la manga un *as* de paciencia y serenidad. Acompañado de una vieja flauta, que ha conservado consigo desde sus años jóvenes, sale entonces al descampado y lanza al aire alegres y despreocupados sonidos, no sin antes haberse dado ánimo con estas palabras que llegaron a ser famosas:

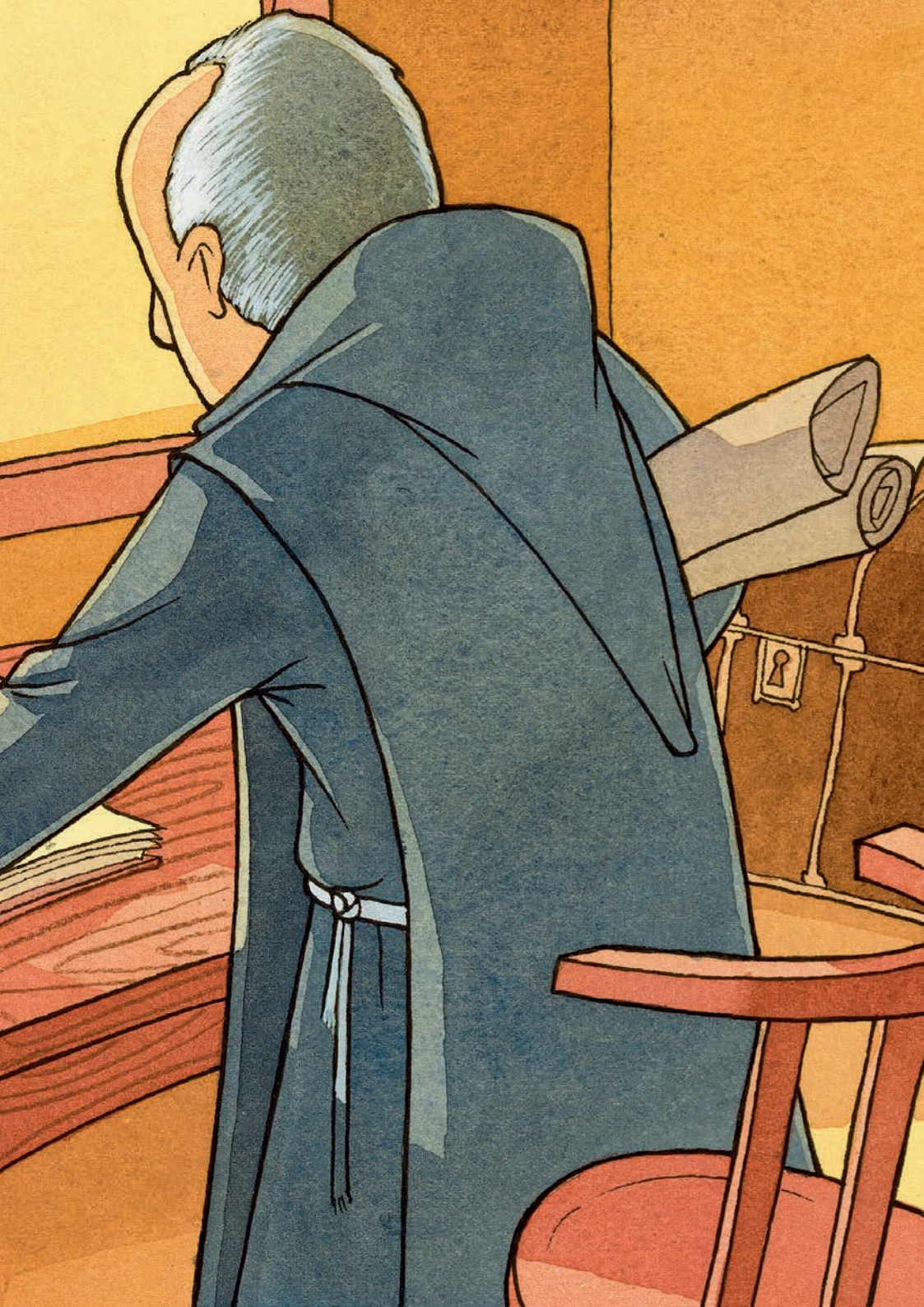
–*Mariano, agárrate a la flauta.*

Y así, entre una de cal y otra de arena, como suele ser lo normal en la vida de todo mortal, se va acercando el padre Mariano al momento cumbre de su existencia. Y éste se inicia el 1 de octubre de 1977. En tal fecha se conmemoraba, un año más, el aniversario de la muerte del padre Amigó. Era ya tradición en Godella que, con tal motivo, se organizara una peregrinación a su sepulcro en Masamagrell. El padre

Mariano, iniciador de dicha tradición, era el primero que se embarcaba. Y ahora tenía un motivo particular para hacerlo con mayor alegría: hacía unos tres meses –exactamente el 7 de julio– el Papa había dado luz verde para que la Causa de Canonización del padre Amigó se abriera en Roma. ¡Después de veintisiete años de esfuerzos veía cumplido nuestro biografiado otro de sus sueños! Ahora –pensaba– todo será ya más rápido y fácil. Por todo ello, aunque no se encuentra ya muy bien, parte alegre aquel 1 de octubre con la peregrinación camino de Masamagrell. Allí el padre Gregori, superior del Seminario, le insiste en que presida la misa y predique. Él no acepta la invitación. Se siente muy cansado y se contenta con dirigir unas “breves” palabras al principio. Y así fue. Empieza a hablar y durante una hora no deja de hacerlo. Los que le escuchan sienten que Mariano está dictando su testamento. Con palabras que salen más de su corazón que de su mente, habla emocionado del cariño con que el padre Amigó miró siempre la enseñanza de Artes y Oficios y del interés de éste por que se trasmitiese a la juventud una educación cristiana, centrada en la devoción a la Eucaristía. Ni que decir tiene que ya no hubo después sermón. No hacía ya falta.

Terminada la visita al sepulcro, todo parece precipitarse. Al intentar subir al autobús, de regreso a Godella, el padre Mariano sufre un desvanecimiento. Se trata en realidad de un primer aviso de la hemiplejía que le aquejará unos días después y que obligará a su hospitalización. Pero Mariano no puede morirse aún. Tiene que concluir su biografía del padre Amigó. Su fuerza de voluntad supera, pues, por esta vez, la enfermedad. Se repone. Le dan de alta. Regresa a casa. Y aquí, en vez de descansar, trabaja febrilmente por terminar el escrito. Saca viejos papeles de un baúl y escribe





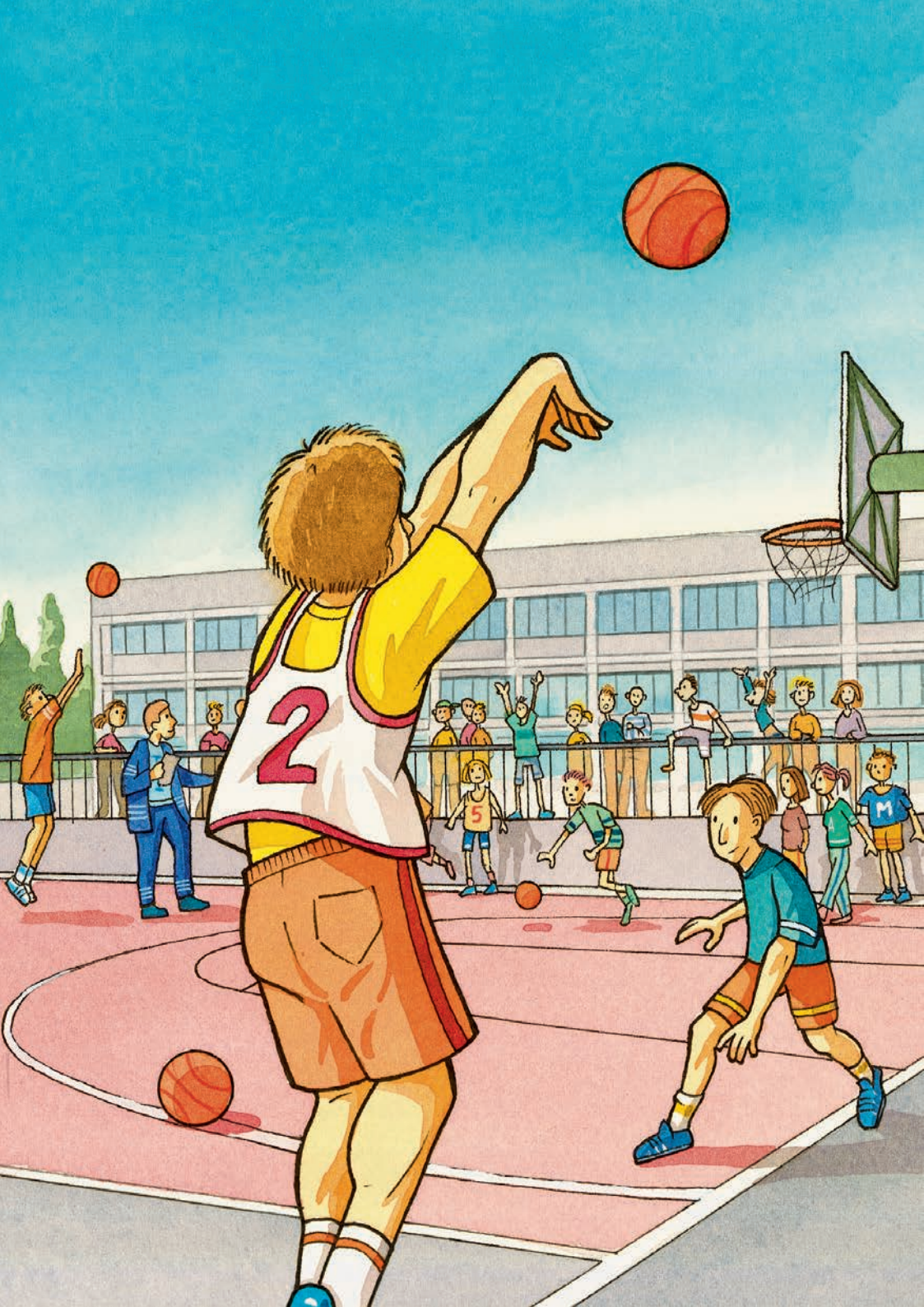
como si de un momento a otro se le fuera a parar el reloj. En un tiempo récord hilvana su obra. Y ya más tranquilo, pues ha cumplido su último sueño, acepta sin otras resistencias la llamada amorosa de Dios que le invita a pasar de esta vida a la realidad de una Vida nueva. Era el 6 de noviembre de dicho año 1977 cuando, con una placidez admirable y sin perder la conciencia hasta el final, entrega el alma a su Creador. Tras unos solemnes funerales en los que EPLA testimonia con sus lágrimas el gran afecto que le tenía, sus restos fueron depositados en el pequeño cementerio del Seminario San José donde reposan. En su lápida no figuran las palabras que él deseaba que fuesen su epitafio. Pero no hace falta. Todos los que le conocieron saben por experiencia que su vida fue siempre un *levantar del polvo al desvalido y de la miseria al pobre*. Buena prueba de ello son estos mensajes de condolencia enviados por algunos de sus ex-alumnos, con los que se cierra el relato de su vida:

—“Era un hombre que entendía de todo: lo mismo te enseñaba a manejar correctamente la lima, que a completar el croquis de un dibujo o resolver cualquier problema de física y química. En su diccionario no figuraba la palabra imposible. Su recuerdo perdurará vivo entre nosotros a través de estas Escuelas Profesionales Luis Amigó, que son el fruto de una vida consagrada por completo al trabajo, al sufrimiento, a la abnegación. De una vida gastada y enterrada para que miles y miles de jóvenes empiecen a renacer y den fruto abundante”.

—“Fue un hombre con visión de futuro. Su tesón y constancia en la vida le hacían capaz de afrontar cualquier dificultad que saliese a su encuentro. Hombre de grandes ideas y profundas genialidades, puso unas y otras al servicio de los demás. Y el fruto de su vida es la obra que hoy todos conocemos y admiramos, amasada con el trabajo de sus manos y regada con gotas de sudor de su frente. Han sido muchos los alumnos que aquí

se han formado hasta el día de hoy. El tiempo pasa y, juntamente con él, pasarán también por EPLA otras generaciones de jóvenes que se beneficiarán de la obra de un hombre que consagró su vida por ellos”.

–“Vivió y se entregó con generosidad al servicio de los jóvenes, a su formación completa. Su idea era: “demos a los jóvenes la necesaria formación para abrirse camino en la vida y hablémosles de Dios y de su dignidad como personas”. Al irse nos dejó lo mejor de sí: su ejemplo. Fue levadura y nos ayudó a crecer y a encontrarnos con lo mejor de nosotros mismos. Pasó por la vida sembrando amor”.



Y su obra *continúa*



í, su obra continúa y el viejo sueño sigue siendo hoy una realidad cada día más añeja y cada día más gozosa.

En un constante superar los entornos de su estructura física, EPLA ha ido creciendo y extendiéndose. Cuando su angosto terreno se quedó pequeño y no estaba ya el mago Mariano para multiplicar sus metros, volvió a cruzar, como se ha dicho, el camino hacia el viejo seminario.

Pero su principal crecimiento no ha sido en espacio, sino en extensión y en calidad educativa. Con el correr del tiempo, algunas de sus más viejas especialidades han ido desapareciendo al quedar superadas por los avances tecnológicos. En su lugar, han surgido otras más acordes con la cultura actual. Hoy EPLA imparte su educación en las ramas de *Infantil, Primaria, Secundaria Obligatoria, Bachilleratos LOGSE* –en Ciencias de la Naturaleza y de la Salud, en Humanidades y Ciencias Sociales y en Tecnología–, *Ciclos Formativos de Grado Medio* –en Equipos e instalaciones electrotécnicas, en Equipos electrónicos de consumo, en Gestión administrativa, en Carrocería y en Electromecá-

nica de vehículos–, *Ciclos Formativos de Grado Superior* –en Integración social, en Automoción, en Administración y finanzas, en Desarrollo y aplicación de proyectos de construcción, en Sistemas de regulación y control automáticos y en Sistemas de telecomunicación e informática–, y diversos *Programas de Garantía Social*.

Entre 1980 y 2001, contó además con una *Escuela de Educadores* con la especialización en *Adaptación Social*. La pedagogía amigoniana, inspirada en el humanismo cristiano y conformada a través de una experiencia ya centenaria en el campo del menor con problemas, encontró así, en esta Escuela, un primer cauce de trasmisión oficial en España.

También el número de sus alumnos ha ido aumentando hasta quintuplicarse. De los 649 que tenía cuando en 1968 ocupó su nueva sede, pasó en el curso 2001-2002 a una población de 2.120 alumnos y alumnas, distribuidos así:

-Educación Infantil	139
-Educación Primaria.....	325
-Educación Secundaria Obligatoria.....	484
-Bachilleratos LOGSE.....	306
-Ciclos Formativos de Grado Medio.....	275
-Ciclos Formativos de Grado Superior.....	150
-Programas de Garantía Social.....	30
-Antigua Formación Profesional (a extinguir)	411

Y entre tanto, EPLA continúa viviendo y cumpliendo efemérides. En 1985 –tomando como referencia el año 1960, en que fue autorizado oficialmente su funcionamiento– celebró sus Bodas de Plata. Hoy, al cumplirse los veinticinco años de la muerte de su fundador, ha traspasado ya el ecuador de las de Oro y sus éxitos formativos siguen sien-

do reconocidos a nivel nacional e internacional. Buena prueba de ello, son: el *Premio en Educación* que, en 1995, le concedió el Consejo Mundial para la Formación Profesional, con el patrocinio del Ayuntamiento de Valencia, *por su destacada profesionalidad y labor humanitaria y su contribución al desarrollo social, económico y humano en beneficio de los pueblos y de la humanidad*; el *Premio Formación Profesional 2000*, concedido por la Conselleria de Cultura y Educación, y por el Consejo de Cámaras de la Comunidad Valenciana, y el *Consejo de Cámaras de la Comunidad Valenciana*, y el *Modelo Europeo de Calidad Total. Año 2000* que le otorgó el Instituto de Técnicas Educativas de la Confederación Española de Centros de Enseñanza.

Ciertamente, el viejo patriarca, que desde su reposo en el pequeño cementerio del Seminario sigue de cerca los pasos de su obra y desde el cielo vela por ella, puede sentirse contento. Contento, sí, pero no completamente satisfecho. Los que le conocieron saben que el padre Mariano, desde su nueva dimensión de vida, continúa proyectando el futuro, como buen soñador y bre-gando, como buen aragonés, por hacerlo realidad.

